

**EL RETO DE LOS ALEJADOS:
¿UN CAMBIO DE RUMBO PARA LA EVANGELIZACION?**

Juan Martín Velasco

Todo parece indicar que la situación del mundo moderno en relación con la religión es notablemente compleja. Existe ciertamente un abandono masivo de las prácticas religiosas, un alejamiento de las instituciones eclesiásticas y un crecimiento indudable de la indiferencia y la increencia. Pero también existen brotes de religiosidad, al margen de las religiones establecidas y las Iglesias, y movimientos de reforma en el interior de estas últimas. Entre los cristianos, la situación es vivida, sobre todo, en términos de pesar por el progresivo alejamiento de los hombres en relación con las Iglesias. La respuesta más frecuente a esta situación es la llamada cada vez más insistente a la movilización para el anuncio del evangelio. Pero hay que reconocer que los resultados de tales llamamientos son escasos y que la toma de conciencia de este hecho está suponiendo para no pocos creyentes una constatación de fracaso y una tentación de desánimo. ¿Qué está sucediendo para que nos resulte casi imposible poner a la Iglesia en estado de evangelización?

Mis reflexiones querrían contribuir a responder a esta pregunta y a salir al paso de esa conciencia de fracaso

y de esa tentación de desánimo. Pero antes es necesario describir la situación y referirse a la historia que ha conducido a ella.

El hecho del alejamiento:

¿Un gran palacio que se ha vuelto incómodo para vivir?

Es la imagen que me viene a la mente cuanto trato de hacerme cargo de algunos aspectos de la situación religiosa actual en los países occidentales de larga tradición cristiana. La Iglesia cobijaba hasta hace no tanto tiempo la vida toda de las personas y gran parte de la vida de las sociedades de nuestros países: En el interior de su sistema de pensamiento discurrían las explicaciones de la realidad que culminaban en una filosofía que tenía su última palabra en la referencia a una realidad a la que "todos llaman Dios", como decía Santo Tomás: ella procuraba la escala de valores y los conjuntos de normas fundamentales a los que todos los hombres se atenían teóricamente, de los que no pocas veces se desviaban en la práctica, pero con mala conciencia, porque en ellos cifraban el ideal de una vida honrada al que aspiraban; ella trazaba el horizonte simbólico en el que-de la cuna a la sepultura, pasando por sus etapas decisivas-se inscribía la vida, que los hombres entendían como una peregrinación por el mundo: ella señalaba el marco que orientaba el discurrir del tiempo; ella modelaba la sensibilidad de los hombres y prestaba a los artistas la materia en la que plasmaban su inspiración... Hasta que los hombres se atrevieron a salir, como las primeras aves del arca de Noé, y se acostumbraron a vivir fuera de ella. Desde entonces se fueron alejando, unas veces en bloque, como la clase obrera desde el siglo pasado; otras, poco a poco, uno a uno, como los que cultivaban el mundo del pensamiento; con gran estruendo de críticas o calladamente, casi de puntillas, como muchos lo hacen ahora.

Una mirada a los que se alejan nos puede instruir mucho sobre las razones de su alejamiento y las posibilida-

des que les quedan para un eventual retorno. Es verdad que en conjunto no han conseguido, al menos en un primer momento, todo lo que buscaban. Porque deseaban la paz -después del escándalo de las guerras por causa de la religión y han producido guerras todavía más devastadoras y más feroces. Buscaban la justicia y la igualdad y han organizado un orden internacional que privilegia a unos pocos a costa de la dependencia y el hambre de la mayor parte; buscaban la libertad y se han encontrado con fenómenos masivos de opresión como los sistemas totalitarios. Pero también hay que reconocer que en el mundo moderno no se vive, en conjunto, peor que en el que se albergaba en la Iglesia; y que los hombres que se alejaron de la Iglesia han conseguido aclimatar a ese mundo que ha surgido fuera de sus muros no pocos de los valores a los que se aspiraba en su interior; y que algunas de las ideas cristianas fundamentales como la igualdad, la fraternidad, la dignidad de los hombres, han prosperado, a pesar de todo, al margen de la Iglesia.

Fuera del recinto amurallado de la Iglesia ha surgido, así, una ciudad secular en la que con pena y con gloria, como corresponde al hombre, van viviendo muchos de nuestros contemporáneos. Algunos añoran la gran casa antigua y mantienen con ella una relación lejana como la que se mantendría con el hogar de los antepasados; otros la frecuentan en las grandes ocasiones de la vida, pero la encuentran poco práctica y poco acogedora para instalarse en ella; otros la utilizan como "segunda residencia" a la que se acude en los ratos de ocio o en los fines de semana. No faltan quienes la miran con recelo, porque les recuerda los tiempos en los que la vida toda tenía que transcurrir en su interior, cuando no se podía salir sin exponerse a sanciones muy severas.

Lo que más extraña a los que observamos los avatares de la ciudad moderna es que, cuando todos esperaban o temían que fuera de la Iglesia se iba a borrar hasta el recuerdo de la Presencia que la habitaba, no han dejado

de aparecer por todas partes intentos más o menos logrados de reproducirla. Como si, con los años, al hombre de la ciudad moderna le hubiese invadido la nostalgia del clima, de la atmósfera de la ciudad antigua, y sintiese la necesidad de reproducirlo con toda clase de materiales: la seducción por el Oriente, la atracción por lo maravilloso, la nostalgia de lo mágico, estableciendo a escala reducida algunos de sus monumentos. Como si la distancia entre lo que soñaba al planear la nueva ciudad y la dura realidad de lo conseguido siguiese alimentando en el hombre secular la nostalgia de otra cosa y movilizándolo sus energías hacia la consecución de aquellos ideales que animaban la ciudad antigua y le daban la razón de ser. Así, en la ciudad secular se han multiplicado los sucedáneos, las reproducciones, las sustituciones de las Iglesias. - Con ellas, muchos hombres modernos a los que los mismos logros de la modernidad dejan insatisfechos, en los que permanecen bajo la forma de la ausencia, de la nostalgia y del anhelo una callada presencia del más allá de sí mismos expresan esa nostalgia con los medios a veces muy elementales de que disponen. Así, esos hombres van haciendo verdad la profecía de los que, al ver el desarrollo de la ciudad moderna, decían que el hombre del siglo XXI sería de nuevo religioso o no sería.

Pero, eso sí, sin la menor intención de volver al interior de la Iglesia. Porque, por más que el gran palacio de siempre remoce su fachada, decore su interior, lo modernice y lo ilumine, el hombre moderno sigue sin dar muestras de animarse a convertirlo en su casa. - Si acaso, se acerca a él y hasta es capaz de viajar de lejos para contemplarlo desde fuera, como hacen los turistas con un monumento.

A la búsqueda de los alejados

Entre tanto, la Iglesia contempla con gran preocupación la masa de los alejados, ve envejecer a los que se han quedado en su interior, encuentra dificultades casi insuperables.

bles para asegurar el relevo generacional, que hasta hace poco funcionaba por sí mismo, y se desvive organizando levas, llamamientos, campañas que mantienen activos a los que las desarrollan, pero no parecen llegar a sus destinatarios.

Porque es verdad: lo que Pablo VI decía en *Evangelii - Nuntiandi* podemos seguir diciéndolo nosotros: "¿Qué es la Iglesia diez años después del Concilio? ¿Está anclada en el corazón del mundo y es suficientemente libre e independiente para interpelar al mundo? ¿Da testimonio de la propia solidaridad hacia los hombres y, al mismo tiempo, del Dios absoluto? ¿Ha ganado en ardor contemplativo y de adoración y pone más celo en la actividad misionera, caritativa, liberadora? ¿Es suficiente su empeño en el esfuerzo de buscar el restablecimiento de la plena unidad entre los cristianos, lo cual hace más eficaz el testimonio común con el fin de que el mundo crea?".- Y no creo que quince años después (veinticinco ya desde el final del Concilio) las respuestas que podamos dar a esas cuestiones sean muy diferentes de las que dejaba entrever el hecho mismo de que Pablo VI se las plantease.- Ahora bien, es sabido que cuando una pregunta insistentemente planteada queda mucho tiempo sin respuesta, se puede sospechar que su planteamiento no sea el correcto. Cuando las repetidas llamadas a la movilización evangelizadora de los cristianos parecen no encontrar apenas respuestas, cabe preguntarse si no se darán circunstancias objetivas, situaciones estructurales que condicionan negativamente o incluso están haciendo imposible, la respuesta de los que así son llamados. Es un hecho que llevamos bastante tiempo multiplicando en la Iglesia las proclamas de la necesidad de la evangelización sin que parezca suceder nada efectivo.

En efecto, después de haber identificado durante siglos la misión con las misiones y de haber dejado la realización de la evangelización sobre las espaldas de los misioneros enviados a los países en que la Iglesia

no estaba implantada, en nuestro siglo hicimos al mismo tiempo una doble constatación: que los países tradicionalmente cristianos también era países de misión, y que la tarea de evangelizar correspondía a todos los miembros de la Iglesia, también a los seglares, bajo la forma - de un primer momento al menos de la participación en el apostolado jerárquico de la Iglesia.

El Vaticano II asumió, sancionó y desarrolló esa conciencia afirmando explícitamente que la tarea de evangelizar incumbe a todos los cristianos en cuanto partícipes, por el bautismo, de la triple condición de profeta, sacerdote y rey, propia de Jesucristo. A partir de entonces, y sobre todo desde el sínodo sobre la evangelización de 1974, se ha afirmado en todos los tonos que creer comporta evangelizar, como ser luz comporta iluminar y ser sal comporta sazonar, y que la evangelización es la tarea por excelencia, la esencia y la dicha de la Iglesia. Siguiendo el mismo movimiento, los obispos de los distintos países han promovido congresos, han publicado documentos, han lanzado campañas para movilizar a los cristianos a la evangelización de sus propios países, a la segunda evangelización de Europa. Como decían los obispos españoles en su hermoso documento *Testigos del Dios vivo*, ha sonado la hora de la evangelización. Como consecuencia de llamadas tan insistentes, no hay diócesis, congregación religiosa, parroquia o comunidad cristiana que no se haya propuesto como objetivo prioritario de sus proyectos de pastoral la evangelización de los no creyentes y la atención a los alejados. ¿Con qué resultado? No se trata, ciertamente, de que tales programas hubieran de producir resultados tangibles inmediatos, como si se tratase de programas publicitarios de promoción de un producto. Pero es que, cuando se analizan esos programas de evangelización, se observa en ellos una notable falta de análisis precisos de la realidad, una escasa atención a la falta de recursos humanos suficientemente preparados para la realización de las tareas que se proponen y graves deficiencias estructurales de las mismas Iglesias a las que se quiere

movilizar. Por eso no es extraño que las campañas movilizadoras terminen al poco tiempo en sensación de impotencia y generen impresiones de decepción y hasta de fracaso.

¿No estará invitándonos esta situación a considerar con realismo, a sopesar con cuidado si la tarea que nos estamos proponiendo coincide con la dedicación a la misión y la proclamación del evangelio que el Señor nos encomienda y si estamos poniendo los medios adecuados a esa finalidad?

Evangelizar no es recuperar para la Iglesia espacios y zonas de influencia

Desde que comenzó el éxodo del mundo moderno y se fue constituyendo al margen de la Iglesia el mundo secular, la Iglesia -o una parte importante de ella- se propuso como respuesta inmediata reconquistar el territorio perdido. Primero, reconquistando el influjo político, es decir, la influencia sobre los que ejercían el poder, mediante renovadas alianzas del trono y el altar; después, renunciando a la recuperación del poder político y promoviendo como ideal el restablecimiento de la sociedad cristiana. Tal vez el último episodio de esta estrategia se oriente a la recuperación del influjo sobre la cultura proponiendo como ideal el establecimiento de una cultura cristiana que prolongue la cultura cristiana de otras épocas, una cultura que la nostalgia mitifica en buena medida y de la que se callan las lagunas importantes que harían cuestionable su pretendida condición cristiana.-

Pues bien es posible que algunos cristianos estén tentados de inscribir el movimiento evangelizador en la misma línea. Se trataría de "evangelizar" a los alojados, de hacerles recuperar una identificación con la Iglesia sólo aparentemente perdida, para, de esa forma y por la fuerza democrática que da la mayoría, restablecer en la sociedad el "clima" cristiano que le asegure una ordenación de acuerdo con los ideales, los valores y las

normas del Evangelio. Qué se incluya en la imagen del "clima", depende de la idea de una "sociedad cristiana" que se hacen los que se proponen su restablecimiento.-Unos incluirán en ese clima el respeto, hasta llegar si fuera posible al privilegio, a la Iglesia como institución y al reconocimiento de su importancia en la sociedad; otros pensarán, sobre todo, en un ordenamiento legal de la sociedad que tenga en cuenta los principios de la ley natural interpretada por la Iglesia; otros, en el reconocimiento y la ayuda del Estado a las instituciones a través de las cuales la Iglesia asegura una presencia en la sociedad y un influjo sobre ella. La evangelización de los alejados entendida en esa dirección tendría como finalidad principal la devolución a la Iglesia del influjo social perdido a lo largo del proceso de secularización, con la seguridad de que ese influjo garantizaría la creación de un clima cristiano (o al menos, favorable al cristianismo) que permitiría la recuperación de la sociedad para el cristianismo.

No voy a entrar aquí en las razones de tipo histórico filosófico y social que hacen cuestionables proyectos orientados en esa dirección. Aunque no quiero dejar de indicar que me parece necesario y hasta urgente en la Iglesia y en la sociedad española actual un debate a fondo sobre la situación de laicidad o secularización y la presencia en ella de la Iglesia, los creyentes y las instituciones promovidas por ellos. Pero creo que la situación de la que hemos partido nos invita a los creyentes a preguntarnos por la coherencia fundamental de esos proyectos con la necesidad de la evangelización presente en el interior de la fe. ¿Pensaba el Señor, cuando nos revelaba la condición dinámica de la pertenencia al Reino, en aquellos símbolos espléndidos de la luz, la sal, el fermento, la semilla, en la ganancia y la extensión del influjo social de las fraternidades de sus discípulos? Porque es verdad que nos manda que brille nuestra luz delante de los hombres, pero no para que tengamos ninguna clase de dominio sobre ellos,

sino para que glorifiquen al Padre que está en los cielos.-- Tenemos, es verdad, la misión de trabajar por el advenimiento del Reino, pero conscientes de que se trata de un Reino que no es de este mundo, y de que su Rey "ha reinado desde el madero". En todo caso, la referencia (obligada para todo cristiano) a Jesucristo, fundamento de nuestra fe y de nuestra acción como cristianos, no parece orientar en esa dirección. No olvidemos, por ejemplo, que una bienaventuranza proclama bienaventurados a los discípulos cuando se los ultraja y persigue y se dice todo mal contra ellos por causa del Señor (Mt 5,11-12), y que, por tanto, una evangelización que pretenda directa o indirectamente reconocimiento, prestigio, influencia o relevancia social no parece estar en la línea de un evangelio que prevé la persecución como condición normal para sus mensajeros.

Evangelizar no es hacer prosélitos

Todos estamos de acuerdo en que no hay que confundir evangelización con proselitismo. Con este término designamos generalmente una actividad tendente a ganar adeptos a la propia doctrina o facción, poco cuidadosa en los medios utilizados, que no pone cuidado en evitar la coacción, el "lavado de cerebro", la violación de la conciencia de aquellos a los que se dirige y que da muestras de un cierto fanatismo en la proposición de la propia doctrina o la propia causa, consideradas como la única verdadera o la única que ofrezca garantías de salvar.-- También es frecuente que con la aplicación del apelativo de "proselitistas" nos refiramos peyorativamente a quienes utilizan la insistencia excesiva o aprovechan las coyunturas de debilidad de sus destinatarios o se sirven de la prestación de determinados servicios para después solicitar la adhesión como contrapartida.

Hoy está claro entre los cristianos que la evangelización debe evitar caer, en sus métodos y en su estilo, en esa actitud que designamos como proselitista y que,

en general, aplicamos a la actividad de algunas sectas.-

Pero tal vez convenga que nos hagamos atentos también a otros peligros más sutiles. Hacer prosélitos es atraer a la propia causa, convencer de la propia doctrina, introducir en el grupo del que uno forma parte. Y a veces entendemos la evangelización como un procedimiento orientado en ese sentido. Se trataría de engrosar las filas, de agrandar el número de los nuestros. Hay evangelizadores que parecen más preocupados por las estadísticas y los resultados numéricos que por el evangelio mismo. La evangelización se convierte entonces en militantismo a ultranza, en una operación destinada a convencer a toda costa, a ganar adeptos, operación en la que se da más importancia a los resultados que al mensaje mismo. La evangelización pierde en esos casos la gratuidad que la caracteriza, y el evangelizador parece confiar más en la eficacia de su acción que en la eficacia del evangelio del Reino. ¡Qué lejos estamos, cuando nos proponemos sobre todo reclutar gente o hacer adeptos, de la parábola de la simiente que produce su fruto incluso mientras el que la ha sembrado duerme!

Por otra parte, es muy frecuente que, cuando la evangelización se degrada en proselitismo, casi nunca se trata tan solo de hacer adeptos del cristianismo; se trata de engrosar nuestro propio grupo cristiano, de reclutar adeptos para nuestra propia facción, con lo que ésta gana en importancia, en influjo y en definitiva, en poder dentro y fuera de la Iglesia. Además, no terminamos de percibir que, cuando convertimos la evangelización en adoctrinamiento, militantismo o en proselitismo, es decir, cuando forzamos los medios e insistimos en los resultados, éstos -incluso los más tangibles- son los primeros que se resienten. Porque, dada la sensibilidad de nuestros contemporáneos, su resistencia al adoctrinamiento y su aprecio de la libertad, por cada "proselito" que hacemos, cuando caemos en el proselitismo, logramos que cien vecinos suyos se atrincheren en una más resuelta indiferencia o reaccionen con un rechazo más violento

del cristianismo y de su evangelio.

En este momento, precisamente porque es la hora de la evangelización, deberíamos meditar la recriminación del Señor: "¡Ay de vosotros, letrados y fariseos, hipócritas, que recorréis tierra y mar para ganar un prosélito y, cuando lo conseguís, lo hacéis digno del fuego el doble que vosotros!" (Mt 23,15).

**¿Atraer el mundo hacia nosotros
o salir nosotros hacia el mundo para que
el mundo se oriente hacia Dios?**

Ya en el Antiguo Testamento hay una cierta ruptura del particularismo judío. El Dios de los profetas es el Dios de todos los pueblos, y por eso ellos anuncian el día en el que todos los hombres reconocerán a Jahvé como el Señor. Pero el camino hacia ese reconocimiento pasa por la peregrinación de las gentes de todos los reinos hacia Jerusalén. Y el término es un Jerusalén que ensancha sus muros y abre sus puertas para recibir a las gentes de todos los pueblos. El cristianismo consuma esta universalización de la salvación y transforma el modelo para su realización. Ya no será necesario pasar por la particularidad judía; los gentiles no tendrán que someterse a la ley para acceder al Reino. A partir de ese momento, nadie tendrá que abandonar su propia nación, su propia cultura, para ser cristiano. El Reino estará compuesto por hombres de todos los pueblos. Este cambio radical en la concepción de la salvación comporta un cambio paralelo en la representación de los medios para hacerla presente. La grandiosa procesión de todos los pueblos hacia Jerusalén se convierte en el envío de la Iglesia a todas las naciones para anunciarles la buena nueva de la salvación. Sólo que la diferencia no está tan solo en el cambio de sentido de la marcha. Una salida de la Iglesia hacia los pueblos para conquistarlos, para imponerles, en sustitución del yugo de la ley, los yugos de una mentalidad, una cultura, unas costumbres

y hasta unas formas rituales ajenas a su propia identidad, no responde, sin duda, al cambio operado por el cristianismo y su universalización de la salvación. Y hay que reconocer que el hecho de que durante muchos siglos la Iglesia se haya extendido, aprovechando el viento aparentemente favorable de una superioridad política y militar de los pueblos europeos y el consiguiente etnocentrismo cultural, ha ligado peligrosamente la misión con formas de conquista militar y política y la ha orientado hacia formas más o menos explícitas de conquista o imposición cultural.

Felizmente, las misiones cristianas, al hilo de las nuevas circunstancias socio-políticas de la descolonización y de la ruptura del etnocentrismo cultural occidental, por una parte, y partiendo, por otra, de la aceptación del valor salvífico de las religiones no cristianas en el Vaticano II, comprenden su deber de evangelizar de otra manera, y por todas partes se plantean con urgencia -aunque todavía se hayan dado pocos pasos para su solución- el problema de la inculturación del cristianismo y de la comprensión de la misión desde las renovadas teologías de las religiones no cristianas.

Pues bien, yo pienso que los hechos de la secularización de las sociedades modernas, del alejamiento masivo de la fe y crecimiento de la increencia, tal vez no sólo deban urgirnos a una movilización para la evangelización, sino también a una renovación de la forma de entenderla. La misma forma de designar a los destinatarios de la evangelización como "alejados" parece suponer que ésta debe proponerse como finalidad su retorno, para volver a la situación, anterior al abandono, en que la Iglesia cobijaba en los países cristianos la vida de todos sus miembros. Hay que reconocer que la imagen que acabamos de sugerir subyace a la mayor parte de los programas de evangelización y, también, que contiene no pocos puntos oscuros.

Que el alejamiento de la Iglesia ha supuesto a muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo el peligro de alejarse de Dios y que algunos se han alejado de los dos al mismo tiempo, es un hecho que se impone, al menos si nos atenemos a las declaraciones de los propios interesados. Pero esto no significa que al estar en el interior de la visibilidad de la Iglesia garantizase para todos la cercanía de Dios y de su Reino, ni que el alejamiento de la Iglesia, de su sistema de creencias, de su sistema de normas de conducta, de su práctica ritual y de su pertenencia jurídica, haya supuesto para el mundo moderno en su conjunto y para todos los hombres que la componen la eliminación de toda referencia a Dios y la ausencia absoluta de toda conexión con su Reino.- El Concilio ha reconocido la posibilidad de pertenencia al pueblo de Dios incluso de algunos hombres que no reconocen expresamente a Dios y a Jesucristo (L.G. 16). Con ello se hace eco de una conciencia expresada en el Nuevo Testamento. Recordemos, por ejemplo, la visión de Pablo al llegar a Corinto: "No temas, sigue hablando y no calles, que yo estoy contigo y nadie se atreverá a hacerte daño, *muchos de esta ciudad son pueblo mío*" (Hch 18,11). Y es que el criterio decisivo de la pertenencia al Reino de Dios no reside en la presencia de unos actos culturales: "no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos..." (Mt 7,21-22); ni en la pertenencia jurídica: "No creáis que basta con decir en vuestro interior: tenemos por padre a Abraham: porque... puede Dios de esta piedras dar hijos a Abraham" (Mt 3,9), sino en la realización de la vida de acuerdo con el designio que Dios tiene para los hombres de hacer de todos ellos un solo pueblo de hermanos entre los que reinen la paz y la justicia.

Conviene anotar que se trata de verdades que pertenecen al núcleo mismo del cristianismo, que, al hacer de Jesucristo, su persona y su vida la hierofanía central, el lugar de la revelación de Dios a los hombres, ha puesto el fundamento para una redefinición de los límites entre

lo sagrado y lo profano, según la cual todo lo profano puede ser ocasión y vehículo de la relación con Dios: "Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios" (1 Cor 10,31); "os exhorto hermanos a que ofrezcáis vuestra propia existencia como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios, como vuestro culto auténtico" (Rom 12,1), y lo sagrado, la adoración de Dios, debe ser vivido "en espíritu y en verdad". Pero tal vez haya tenido que producirse la situación de secularización para que los cristianos redescubramos este aspecto central del cristianismo que siglos de confusión acrítica de lo cristiano con lo social, lo político y lo cultural, y de identificación pura y simple del cristianismo con la pertenencia jurídica visible y la práctica cultural de la Iglesia, nos habían ocultado.

A partir de esta toma de conciencia, la evangelización no puede confundirse con el procedimiento por el que hacemos retornar a los alejados de la Iglesia al redil de su pertenencia visible. Consistirá más bien en salir a ese mundo y dar testimonio de la buena noticia del amor incondicional de Dios a los hombres que asegura que la historia, por caminos que no siempre nos resultan derechos, se orienta hacia la realización del designio de Dios.

Esta toma de conciencia no eximirá a los cristianos de la tarea de anunciar el evangelio, pero tal vez los conduzca a hacerlo de manera diferente, con otro estilo, con otros medios que los que ha empleado cuando entendía la evangelización como actividad destinada a recuperar a los hombres para la Iglesia. Porque la Iglesia es sacramento de la salvación, no la salvación misma; testimonio de la luz, no la luz en persona; indicador del camino hacia Dios, no el camino mismo ni, muchos menos, su término. Continuación sacramental de la presencia de Jesús en el mundo, la Iglesia se encuentra, como Jesús, orientada hacia los hombres, destinatarios del amor de Dios, descentrada como él por la doble

referencia a Dios, de quien procede, y a los hombres, a los que es constitutivamente enviada. Y desde esta comprensión de la Iglesia, la tarea de la evangelización no es otra cosa que la actualización de esa forma de ser, la puesta en ejercicio de esa su esencia.

Pero ¿cómo deberá la Iglesia concretar la realización de esta tarea?; ¿cómo será en la actual situación indicador hacia el camino, compañía, cálida y crítica a la vez, de los hombres en esa marcha por el mundo que ella interpreta y vive como peregrinación hacia Dios?

Hacia una Iglesia testigo del Reino de Dios mediante el servicio a los hombres

Es evidente para un cristiano que la Iglesia no puede renunciar a hacer presente el Reino de Dios inaugurado en Jesucristo sin traicionar su propia esencia. Esta es en realidad su razón de ser. La dificultad está en saber cómo puede hacerlo en las circunstancias actuales. Porque a lo largo de la historia lo ha ido haciendo de formas diferentes. Cuando los Apóstoles anuncian el evangelio a los judíos, les hablan del Dios de los padres que ha constituido a Jesús Mesías y Señor. - Cuando Pablo y las primeras generaciones de cristianos se dirigen a griegos y romanos, apoyan su predicación del Dios de Jesucristo en el Dios desconocido y en su religiosidad pagana expresada incluso por sus poetas, y, poco después en la preparación evangélica que constituía lo mejor de la doctrina de sus filósofos. Gracias a la inculturación del cristianismo en el pensamiento griego, la Iglesia ha podido comunicar su mensaje sobre Dios durante siglos por medio de un pensamiento que -al menos en parte- constituía la expresión de la "razón natural", de la comprensión que el hombre tenía de sí mismo, y la formulación racional de la fe en Dios.- De esta forma estaba garantizado que el anuncio del mensaje fuese comprendido, aunque la fusión de dos órdenes de pensamiento -el de la explicación y la salvaci-

ón-y de dos niveles de comprensión-el de la razón y la fe- no dejase de comportar problemas a los que los teólogos cristianos casi siempre ha sido sensibles.-

El problema del anuncio de Dios en nuestro tiempo es que, por una parte, la crisis del teísmo filosófico, la extensión de un pensamiento in-trascendente, la propuesta de una pluralidad de cosmovisiones y la tentación del nihilismo y, por otra, la progresiva secularización de la vida y la sociedad hacen difícil el establecimiento de un lenguaje sobre Dios comprensible por el hombre de nuestros días y el recurso a una religiosidad ambiental como la que representaba el paganismo. ¿Existe hoy un terreno común de entendimiento a partir del cual sea posible el diálogo? Indudablemente, sí. Es el hombre, sus preguntas, sus aspiraciones, sus necesidades y esa gran tarea siempre pendiente a lo largo de la historia que es la causa del hombre. Porque el hombre sigue siendo el centro de interés de todos los proyectos actuales, y el hombre es la razón de ser de la manifestación de Dios en Jesucristo, de quien confesamos en el credo que "bajó de los cielos y se hizo hombre *propter nos homines*"; y en quien decimos que se ha revelado la "humanidad de Dios.

Esto no significa, desde luego, que todo el que promueve la causa del hombre reconozca expresamente la presencia de Dios. Razones sobre todo históricas, a las que no somos ajenos los creyentes, explican que lo que de suyo debiera ser así no lo sea de hecho en algunos casos. Pero lo que sí deberá significar es que quien opta por el Reino de Dios tiene que hacer suya la causa del hombre, y que quien ha hecho esa opción descubrirá progresos del Reino de Dios allí donde de verdad progresa la causa del hombre.

De esta forma se abre para la Iglesia un terreno extraordinariamente amplio en el que su misión evangelizadora se torna significativa y en el que esa misión

descubre la posibilidad de nuevas formas de realización.- Así, resultará que no sólo evangelizamos cuando comunicamos unas creencias o unas normas de conducta y las justificamos, o cuando invitamos a la pertenencia a la Iglesia o la frecuentación de su culto. También evangelizamos cuando mostramos nuestro interés por el hombre, trabajamos por la mejora de sus condiciones de vida, colaboramos con otros en la defensa de su dignidad y luchamos por el establecimiento de la justicia.

Con esto no estoy abogando por que los cristianos callemos el nombre de Dios y así colaboremos a que el silencio sobre Dios se haga todavía más denso. Estoy, al contrario, proponiendo las condiciones en que ese nombre podrá ser pronunciado sin producir escándalos o caer en el vacío de la insignificancia. Hablar de Dios desde el compromiso por el hombre constituye, además, un nuevo servicio al hombre y a su causa, porque ayuda a reconocer el verdadero alcance de sus aspiraciones, las posibilidades reales de futuro que lleva dentro y los peligros de empobrecimiento que comporta la reducción de sus problemas al orden de lo puramente mundano.-

Para que el testimonio evangelizador de la Iglesia resulte significativo, es indispensable que la Iglesia que lo trasmite se presente como una casa en la que los hombres puedan vivir, como una comunidad alternativa de las formas inhumanas de comunidad, como un anticipo de la plenitud a la que el hombre aspira como ideal.- Tal vez consigamos ponernos como Iglesia en estado de evangelización cuando ningún hombre tenga que salirse de ella para promover la causa del hombre y cuando todos los que en su lucha por el hombre han sentido alguna nostalgia o alguna presencia del infinito perciban, en contacto con los que formamos parte de la Iglesia, que vale la pena ponerse en relación con ella para compartirla con otros y avivarla con su ayuda. Cuando los que tienen inquietud religiosa, en lugar de tener que marginarse de la Iglesia para vivirla, vivan la situación

a la que se refería el profeta de Israel: "en aquellos días diez hombres de todas las lenguas de las naciones asirán por la orla del manto a un judío diciendo: queremos ir con vosotros, porque hemos oído decir que Dios está con vosotros" (Zac 8,23).

(De la revista **SAL TERRAE**, España, Nº1, Enero 1990, Págs. 39-52).

Ante un tiempo de perplejidad renacen las prisas por esconderse tras las ortodoxias, buscando en ellas un buen refugio donde guarecerse ante tantas preguntas sin respuestas. Es cierto, todos buscamos seguridades. Sería engañarnos si dijéramos lo contrario. Pero la seguridad puede construirse de muchas maneras. De todas las posibles no nos gustan aquellas que, por hache o por be, airean el fundamentalismo como puerto seguro para el corazón angustiado. Apostamos, ante todas las añoranzas confesionales, por vivir la fe a la intemperie y encontrar en ello nuestra seguridad.

Editorial "Domadores de tigres", Diálogo n.11 (enero-abril),p.1